

DOMINGO XXXIII de Tiempo Ordinario CICLO C (17 de noviembre 2019)

Esta confusión de valores ha hecho entrar en la Iglesia a muchos indeseables y ha apartado de la Iglesia a un número incalculable de sus hijos predilectos: los pobres. (Rovirosa OC, T.I. 70)

No deben quedar dudas ni caben explicaciones que debiliten este mensaje tan claro.

Hoy y siempre, los pobres son los destinatarios privilegiados del Evangelio. (EG 48)

Desde la resonancia de estos textos me sitúo.

Son tiempos convulsos, difíciles, en la sociedad y en la Iglesia, ¿a qué negarlo? No tenemos más que echar la mirada en torno. De la mañana a la noche. Aun así, hay un camino de esperanza: pasa por la fidelidad.

EN LA HORA DEL APRIETO

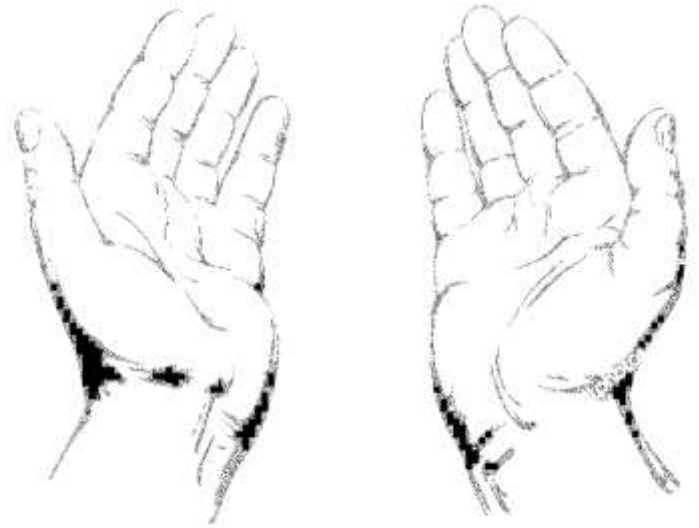
Con tanto avance y tecnología,
con tanta madurez humana,
con la fe ya acrisolada,
con una parte de la vida vivida,
caminando en solidaridad y justicia,
estando en tu comunidad cristiana,
creí que esto no llegaría;
que los aprietos y pruebas
ya no podían mellar
mi ánimo ni el alma mía.

Y de la noche a la mañana
todo se me hace difícil,
todo es cuesta arriba,
todo es negro y no hay horizonte,
y parece que tampoco salida posible.
Me cuesta mantener el espíritu despierto
y evitar que el mal me envuelva por completo.

Es la hora del aprieto,
presente, no superada,
a la que hay que hacer frente.

Quiero vivir cristianamente.
Pero a veces, como catarata
y otras como losa aplastante, siento
miedo y acoso, apuro y compromiso,
dilema y conflicto,
dificultad y aprieto...
y me cuesta mucho ser yo mismo
y, más, dejarme guiar por el Espíritu.

No sé para qué vale tanto aprieto,
no sé en qué terminará esta lucha,



no sé qué será de nuestra tierra,
no sé cómo germinarán nuestros sueños,
no sé qué será de los que sufren y esperan,
no sé qué será de los que te testimonian,
no sé a dónde irán nuestras vidas,
pero yo pongo todo ello en tus manos
con la esperanza de que nada se pierda,
nada de cuanto ahora peno, sufro, y quiero.

En esta hora negra y dura
me pongo en tus manos
porque confío en ti,
en la paz y ternura de tu regazo,
y en el poder de vida que llevas contigo.

(F. Ulibarri)

Palabra se pronuncia en mi vida**Lc 21, 5-19.- Y todos os odiarán a causa de mi nombre.**

Como algunos hablaban del templo, de lo bellamente adornado que estaba con piedra de calidad y exvotos, Jesús les dijo: «Esto que contempláis, llegarán días en que no quedará piedra sobre piedra que no sea destruida». Ellos le preguntaron: «Maestro, ¿cuándo va a ser eso?, ¿y cuál será la señal de que todo eso está para suceder?».

Él dijo: «Mirad que nadie os engañe. Porque muchos vendrán en mi nombre, diciendo: “Yo soy”, o bien: “Está llegando el tiempo”; no vayáis tras ellos. Cuando oigáis noticias de guerras y de revoluciones, no tengáis pánico. Porque es necesario que eso ocurra primero, pero el fin no será enseguida».

Entonces les decía: «Se alzarán pueblo contra pueblo y reino contra reino, habrá grandes terremotos, y en diversos países, hambres y pestes. Habrá también fenómenos espantosos y grandes signos en el cielo.

Pero antes de todo eso os echarán mano, os perseguirán, entregándoos a las sinagogas y a las cárceles, y haciéndoos comparecer ante reyes y gobernadores, por causa de mi nombre. Esto os servirá de ocasión para dar testimonio. Por ello, meteos bien en la cabeza que no tenéis que preparar vuestra defensa,

porque yo os daré palabras y sabiduría a las que no podré hacer frente ni contradecir ningún adversario vuestro. Y hasta vuestros padres, y parientes, y hermanos, y amigos os entregarán, y matarán a algunos de vosotros, y todos os odiarán a causa de mi nombre. Pero ni un cabello de vuestra cabeza perecerá; con vuestra perseverancia salvaréis vuestras almas.

Palabra del Señor

Confronto mi vida con la Palabra

Lucas en este evangelio pretende, no tanto describir acontecimientos como aportar a los creyentes de su comunidad la fuerza y el coraje necesarios para poder vivir en un tiempo de testimonio, en medio de las pruebas y dificultades.

Les indica que tienen que ser capaces de discernir signos engañosos. Bastará abrir los ojos al mundo y discernir los acontecimientos históricos. Les advierte que en tiempos convulsos –como los que vivimos nosotros- podemos contagiarnos de fiebres mesiánicas y salvaciones inmediatas, dejándonos seducir por nuevos dioses o salvadores, siendo comulgantes de devotos consumos.

Y sobre todo Lucas advierte que nos perseguirán si nos resistimos a entrar en ese camino de engaño y muerte, si nos oponemos con nuestra vida a la indigna mentira sobre el ser humano.

Hoy hablamos poco entre los cristianos occidentales de persecución, y si lo hacemos es para salirnos de contexto situándonos ofendidamente en la defensa de unos pretendidos valores cristianos que poco tienen que ver con el evangelio. La verdadera persecución comienza cuando la Iglesia y los cristianos se convierten en amenaza para los intereses egoístas e injustos de los sectores poderosos e influyentes de la sociedad. Si hoy en nuestro mundo occidental vivimos ausencia de esta verdadera persecución puede ser porque los cristianos nos bastamos nosotros solos para anular la fuerza de la fe con la mediocridad, con la rutina, con la connivencia cotidiana con este sistema que expresamos en nuestras maneras de vivir.

Lucas también invita en esas situaciones a la confianza: a no preocuparnos por nuestra defensa, a desacralizar toda realidad, a vivir la esperanza fiados en la palabra de Dios. Nos invita a la misma confianza de los pobres, que solo pueden acogerse a Dios.

El papa Francisco en el [Mensaje para esta III Jornada Mundial de los Pobres](#) nos dice:

¿Cómo no destacar que las bienaventuranzas, con las que Jesús inauguró la predicación del Reino de Dios, se abren con esta expresión: «Bienaventurados los pobres» (Lc 6,20)? El sentido de este anuncio paradójico es que el Reino de Dios pertenece precisamente a los pobres, porque están en condiciones de recibirlo. ¡Cuántas personas pobres encontramos cada día! A veces parece que el paso del tiempo y las conquistas de la civilización aumentan su número en vez de disminuirlo. Pasan los siglos, y la bienaventuranza evangélica parece cada vez más paradójica; los pobres son cada vez más pobres, y hoy día lo son aún más. Pero Jesús, que ha inaugurado su Reino poniendo en el centro a los pobres, quiere decirnos precisamente esto: Él ha inaugurado, pero nos ha confiado a nosotros, sus discípulos, la tarea de llevarlo adelante, asumiendo la responsabilidad de dar esperanza a los pobres. Es necesario, sobre todo en una época como la nuestra, reavivar la esperanza y restaurar la confianza. Es un programa que la comunidad cristiana no puede subestimar. De esto depende que sea creíble nuestro anuncio y el testimonio de los cristianos.

La opción por los últimos, por aquellos que la sociedad descarta y desecha» es una opción prioritaria que los discípulos de Cristo están llamados a realizar para no traicionar la credibilidad de la Iglesia y dar esperanza efectiva a tantas personas indefensas. En ellas, la caridad cristiana encuentra su verificación, porque quien se compadece de sus sufrimientos con el amor de Cristo recibe fuerza y confiere vigor al anuncio del Evangelio.

No es fácil ser testigos de la esperanza cristiana en el contexto de una cultura consumista y de descarte, orientada a acrecentar el bienestar superficial y efímero. Es necesario un cambio de mentalidad para redescubrir lo esencial y darle cuerpo y efectividad al anuncio del Reino de Dios.



La esperanza se comunica también a través de la consolación, que se realiza acompañando a los pobres no por un momento, cargado de entusiasmo, sino con un compromiso que se prolonga en el tiempo. Los pobres obtienen una esperanza verdadera no cuando nos ven complacidos por haberles dado un poco de nuestro tiempo, sino cuando reconocen en nuestro sacrificio un acto de amor gratuito que no busca recompensa.

La condición que se pone a los discípulos del Señor Jesús, para ser evangelizadores coherentes, es sembrar signos tangibles de esperanza.

A la luz de este evangelio, en la realidad que habito, ¿cómo rehacer mi esperanza vital, y cómo suscitar la esperanza que necesitan los pobres, cómo hacer de mi vida un signo de esperanza?

Y me dejo llevar hasta concretar en mi vida...Poniéndote en manos del Señor, ora:

FUTURO DE HUMANIDAD

Creo en los hombres y mujeres que alientan una sociedad fraterna sin privilegios individuales.

Creo en aquellos que limpian su conciencia de esas diarias adherencias a la fuerza, el poder y la abundancia.

Y en los que curan sin quirófano, con su mirada y con su escucha, abriendo confines y parando detonaciones.

Creo en aquellos que con la palabra disocian el nombre de Dios del desprecio de los indigentes.

Creo en los que no imponen preceptos ni dejan que el muro de la tradición impida la marcha del Espíritu.

Y en los que delante del sagrario sublevan la piedad de su alma contra la desdicha y el abuso.

Creo en los que andan y andan sin parar para que la angustia y el desamparo no lleguen demasiado lejos.

Hombres y mujeres que viven como Jesús libres, valientes, tenaces y apasionados, con la humilde esperanza de un mañana mejor.

(Seve Lázaro, sj)



Y para vivir lo que pido, ofrezco mi vida, unida a la de los pobres.

Señor Jesús, te ofrecemos todo el día nuestro trabajo, nuestras luchas, nuestras alegrías y nuestras penas.

Concédenos, como a todos nuestros hermanos de trabajo, pensar como Tú, trabajar contigo y vivir en Ti.

Danos la gracia de amarte con todo nuestro corazón y de servirte con todas nuestras fuerzas.

Que tu reino sea un hecho en las fábricas, en los talleres, en las minas, en los campos, en el mar, en las escuelas, en los despachos y en nuestras casas.

Que los militantes que sufren desaliento permanezcan en tu amor. Y que los obreros muertos en el campo del honor del trabajo y de la lucha, descansen en paz.

María, Madre de los Pobres,
Ruega por nosotros

